



*Con grandeza de rito, Sandalio, el pastor, bracea para sacar el zaque rebosante de agua que sorberán, ansiosas, las ovejas...*

lejana quintería, pero blancas sus paredes. Blancas las ovejas y blanca la leche que será queso blanco y recio. Blanco el brocal del pozo perdido donde, con grandeza de rito en el inmenso templo de la llanura, Sandalio, el pastor, bracea para sacar el zaque rebosante de agua que sorberán ansiosas, entre música de balidos y esquilas, las ovejas, mientras, en el bombo blanco, la abubilla clava el cu-cú de su canto sonoro. Blanco

calla amodorrado como las ovejas del rastrojo amontonadas bajo la escasa sombra de una encina solitaria, triste y fuerte.

De cuando en cuando, el suelo se encrespa en tolveneras que arrancan cardos y levantan nubes de polvo y vilanos en el trozo blanquecino del camino por donde los borricos del yesero, bajo el *resistidero* del sol, con sus orejas gachas y sus fauces resecas, en reata mustia, van midiendo con los cascotes la lejanía infinita.

El paisaje es pardo, como el hábito de San Francisco, y es blanco. Pardo ese barbecho que se prepara para ser mañana ubérrimo trigal. Parda la rastrojera arañada de cañes del trigal que fué. Pardo el chaparral lejano de hojas duras y punzantes. Pardo el bosquecillo de cardos que el mal barbechador dejó. Pardas las retamas, y las abejas que liban romeros, mejoranas y tomillos pardos. Pardas las nubes que atronarán la siesta tormentosa perfumándola con acre olor a *tierra mojada*. Pardas las tejas de la

*Los caminos bordeados de olmos...*

